

EL PODER EDUCATIVO DE LOS CLÁSICOS

VISITAS DE ENFERMOS

Sobre el capítulo de visitas de enfermos es preciso escuchar, no sólo las reglas de la cortesanía, mas también las de la caridad: y es imposible, faltando a éstas, observar aquéllas. Son los enfermos, tanto en la parte del alma, como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos, que es menester manejar con exquisito tiento. A un cuerpo enfermo aun los leves tocamientos duelen: a una alma afligida aun especies indiferentes inquietan.

Visitar a los enfermos es, no sólo acción de Urbanidad, mas también obra de misericordia; mas para calificarse de tal, es circunstancia esencial, y absolutamente indispensable, que la visita sirva al enfermo de alivio, o consuelo. ¿Pero cuántas reciben de éstas los pobres enfermos? Apenas una entre cincuenta. Los discretos son pocos, y los visitantes muchos. El que enfada con sus visitas a un sano, ¿qué hará a un enfermo? Ni basta ser discretos los que visitan, si su discreción no se extiende a comprender cuándo, cuánto, cómo, y qué se ha de hablar a cada doliente. El cuándo, se ha de saber del Médico, y asistentes: el cuánto, el cómo, y el qué, lo ha de reglar la prudencia del que visita.

En el cuánto, se peca ordinariamente. A los enfermos se ha de dar poca conversación, aun cuando por la cualidad sea de su gusto. Sobre que la atención a lo que se les habla los fatiga, en esa atención misma se ocupan, gastan, y disipan no pocos espíritus, que faltando esa distracción, se emplearían en lidiar contra la causa de la dolencia. Así, por lo común, conviene dejarlos en aquel medio sueño, en aquel ocio lánguido del alma, que, sin aplicar conato alguno, permite errar libremente por el cerebro todas las ideas, que ocurren.

El cómo, ha de ser tal, que se evite toda molestia. Debe hablárseles en voz remisa. Los vocingleros descalabran aun a cabezas

de bronce; ¿qué harán a los de vidrio? No se les ha de molestar con preguntas, o ponérseles por otra vía en la precisión de alternar la conversación, porque les resultan de ello dos fatigas: la de discurrir y la de hablar.

El qué, sea el que se discurra más grato para el enfermo, tocando siempre los asuntos más conformes a su genio, y a que en el estado de sanidad se reconocía más inclinado. Ya que en el alimento del cuerpo huyen tanto Médicos, y asistentes de conformarse a su apetito, en que juzgo se yerra muchas veces, siquiera en el pasto del alma sigan su inclinación; en que nunca puede haber inconveniente, antes evidente utilidad. Cuando hay muchas enfermedades en el Pueblo, puede hacérseles conversación sobre este asunto; pero con la precaución forzosa de darles noticia solamente de los que escapan, y en ningún modo de los que mueren: que he visto visitantes tan mentecatos, que apenas aciertan a decir otra cosa a un enfermo, sino que murieron fulano, y citano. Es mucho lo que se congoja el pobre con esto, porque en la lógica de su melancólico discurso su muerte se sigue, como hilación de las otras.

A estas reglas generales añadiré la nota de dos errores, en que comunísimamente inciden los que visitan a los enfermos. El primero es el de preguntarles todos uno por uno, así como van entrando, cómo se hallan. Es menester la paciencia de Job para tolerar tanta pregunta idéntica. Aun en una levísima indisposición es notable el tedio y displicencia que recibe el doliente, de que le pregunten una misma cosa tantas veces, y de haber de responder a todos de un mismo modo. Lo que se debe practicar es, preguntar el estado del enfermo a alguno de los de la casa, antes de entrar a verle, o cuando más, preguntarlo en voz baja al que estuviere más a mano de los que entraron

antes en el aposento. Puede también tomarse el expediente que practicaba un sujeto de mi Religión, y amigo mío, el cual, hallándose enfermo, hacía todas las mañanas al Enfermero escribir todo cuanto le podían preguntar: cómo había pasado la noche; si el dolor de cabeza se había exacerbado, o disminuido; el estado del apetito, y de la sed, etc. Este papel mandaba fijar con obleas a la puerta de la celda, para que leyéndole los que entraban, excusasen fatigarle con preguntas.

El segundo error es meterse los visitantes a Médicos. Esta es cuna de muchos. Cosa lastimosa es, que siendo el Arte Médico tan abstruso, tan arduo, tan difícil, que para conseguirle, el más prolijo estudio es insuficiente, el mayor ingenio es corto, todos se metan a dar en él su voto. Así con lo que a cada uno se le antoja que puede aprovechar, o como alimento, o como medicina muelen a los enfermos, e inquietan a los Médicos. ¡Cuántas veces he visto a Médicos muy advertidos hallarse sumamente perplejos sobre lo que debían ordenar; y al mismo tiempo mil D. Teruleques cortar, rajar, hender, decidir con suprema satisfacción sobre el remedio, que convenía prescribir! ¡Cuántas veces también he visto sacar estos inoportunos cachivaches de su paso al Médico prudente, y docto; el cual bien contempladas las circunstancias de la enfermedad y del enfermo, comprendía que convenía estarse quieto a la mira, dejando todo entretanto al beneficio de la naturaleza; pero al fin, fatigado, y vencido (que no debiera) de las continuadas instancias de tanto ignorante, ponía las manos a la obra y ejecutaba lo que no convenía! Suelen estos rudos gritar que se debe ayudar a la naturaleza. ¡Gran aforismo! Todo el mundo le sabe. Pero lo que ellos piensan que es ayudar a la naturaleza es en realidad cortarle piernas, y brazos.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO



Nació en Casdemiro (Orense) el 8 de octubre de 1676. En 1688 ingresó en la Orden Benedictina en el Monasterio de Samos (Orense). En 1726, llegado a la plena madurez de su pensamiento, empezó a publicar los discursos de *Teatro crítico* y no interrumpió su obra hasta 1760, en que apareció el último tomo de las *Cartas eruditas*. Murió en Oviedo el 26 diciembre de 1764.

Desempeñó la cátedra de Teología en el Colegio de Oviedo y en su Universidad, donde discrepaba abiertamente de la España de su tiempo y de su enseñanza en el triple aspecto del contenido, los métodos y la orientación.

Muy lejos de estar enfeudado en ningún sistema, antiguo ni moderno, deja bien patente el culto indomeñable de la razón, según expresa en la frase que a Menéndez Pelayo tanto entusiasmaba: «Yo, ciudadano libre de la República de las Letras, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre, con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictaren la experiencia y la razón». Si bien toda su obra es una llamada a la experiencia, el asunto se halla particularmente desenvuelto en sus discursos sobre *Lo que sobra y falta en la Física*, *Lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina* y *El gran magisterio de la experiencia*. De su estudio *Verdadera y falsa urbanidad* hemos extraído este delicioso y crítico apartado sobre las visitas a los enfermos.